

MERCEDES BLANCO (2012): *Góngora heroico. Las Soledades y la tradición épica*, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 443 pp.

Merece la pena el largo recorrido por el novedoso ensayo de Mercedes Blanco sobre Góngora, particularmente sobre sus grandes poemas, con numerosos recovecos que nos llevan y nos traen a los entresijos de la poesía de su época y, desde allí, a otros muchos aspectos —en definitiva, históricos— desde los que se aborda la interpretación de aquel rompimiento poético. Quizá merezca más la pena asimilar el entramado de corrientes, nombres, circunstancias, etc. que la tesis misma con la que se abre el ensayo. Limpiamente: Góngora quiso ocupar con sus dos extensos poemas el lugar de prestigio que había pertenecido a la poesía heroica, al poema extenso de carácter épico, en la estela de Torcuato Tasso y Ariosto, sobre todo del primero.

Como el enunciado de tales premisas, evidentemente, choca con la percepción inmediata de un lector ingenuo —o avezado—, la profesora francesa despliega todo un panorama histórico que, al margen de que convenza o no al lector, le suministra infinidad de claves para la ajustada lectura histórica del poeta cordobés. *Las Soledades* se desmenuzan hábilmente, se sitúan en la tradición grecolatina e italiana, se consideran ideológicamente, como voces poéticas elaboradas por una determinada persona en unas circunstancias concretas, y se valora constantemente esa correlación ideológica, sin exagerar casi nunca la valoración.

El libro va lento: no se perdona en ningún momento cualquier camino o circunstancia que merezca la pena recorrer y conectar, de manera que los diversos capítulos se constituyen en amenos y completos análisis de la poesía de Góngora y sus circunstancias. Y el libro se mueve a veces con desparpajo crítico notable, signo de la nobleza de sus ideas, por ejemplo cuando ya desde las primeras páginas se recuperan las ideas de John Beverley, en su momento denostado por las reseñas de Robert Jammes, por ejemplo, y hoy prácticamente arrinconadas. Pero no, no se trata de una contienda crítica, no hay miedo, aunque en las apoyaturas de tan largo camino aparezcan, de vez en cuando, opiniones desacreditadas, y no solo las literarias —ahí está el uso que se hace de los desvíos historiográficos de Feros. Sencillamente Mercedes Blanco se mueve con coherencia y asume para su trayecto todo el material que le parece aprovechable, que es mucho, suele estar actualizado y, en muchos casos, resulta de primera mano, es decir: acude a textos fundacionales. Es de agradecer, asimismo, que el camino metodológico forme parte del ensayo, para asegurar que el lector sigue sus pasos, lo que contrasta con un final algo intempestivo, como si las conclusiones fueran solo las que hubiera extraído el lector de todo el ensayo.

Era un peligro, en efecto, incurrir en el mecanicismo histórico, del que se defiende también —no hubiera hecho falta una vez que hubiese desplegado el formidable aparato de conocimientos que arma su tesis—, ya nada más abrir página, para referirse a “ciertos factores favorables”.

Lo que tiene que exponer la tesis es, por tanto, cómo adscribir al campo heroico versos tan rabiosamente poéticos. “La inadecuación de su extraordinario estilo al ambiente rústico de la obra”. Mercedes Blanco empieza por adscribir a esa teoría “la falta de adscripción genérica inequívoca” que ocupa muchas páginas del libro, tanto en la consideración general como en el análisis de temas, pasajes y tonos. La atracción crítica se va siempre hacia “el fascinante y disuasivo ejemplo de Torcuato Tasso”, que aparece y reaparece en prácticamente todo el libro, desde cuando se analizan las “batallas y canciones en Marruecos” —referencia a la toma de Larache— hasta en los capítulos finales sobre Homero y la Odisea, en los que se recuerda, fundamentalmente, la extensa y desconocida versión de Gonzalo Pérez, que se da por supuesto que Góngora leyó.

Muchas veces en ese camino, casi de modo obligado, la hipótesis general se sostiene con imperdibles, dudosamente: “Y es que en las *Soledades*, como ya en la *Canción de la Toma de Larache*, Góngora se propondría glorificar la prudencia y no la violencia, dorar con el prestigio de lo heroico las artes y actividades de la paz...” (p. 66), juicio hábil que puede servir —y se repite este modo de hacer— para cualquier poesía de cualquier circunstancia. En realidad lo que late detrás de esta actitud crítica es algo esencial en el caso de Góngora: su capacidad de convertir en poético cualquier cosa que pase por sus versos, o dicho de otra manera: su proyección hacia la estética y el verso, no hacia la historia. Valga el ejemplo de la glorificación poética de las aves de corral, como en Pontano y Poliziano, por la “excelencia del verbo”. “Las presuntuosas jerarquías demasiado humanas se esfuman ante una poesía de índole divina” (p. 95). Bien se ve que ese camino conduce al de la modernidad de un Góngora que acepta —sin confesarlo críticamente— la autonomía del objeto verbal, estético; cosa que, por cierto, pocas veces se aporta como argumento crítico, así sea por lo mucho que se ha aducido en otras ocasiones. Al cabo, se equiparan “heroicidad” y “estilo logrado”, ra-

zón de su desprecio hacia la narración (“Una narración sin fábula”) y, quizá, el drama (p. 100).

El ensayo, además de pasearse continuamente fuera del campo puramente filológico, sobre todo hacia las bellas artes, se detiene en unos cuantos temas fundamentales, que pocas veces se habían aducido de modo directo y convincente, el primero el de las “Lecturas homéricas en la edad de Góngora” (cap. VII); el segundo, en capítulos sucesivos, el referido a los descubrimientos (“En busca del quinto continente”), que aboca naturalmente a los más logrados y necesarios de todos, los caps. X, XI y XII, sobre “Geógrafos y poetas”, convincentemente elaborados para entender el “mapamundi verbal” que subyace a la poesía de Góngora. Precioso capítulo de historia cultural, es decir, en el que los corsetes literarios y filológicos saltan hechos pedazos.

El libro está escrito con vigor de estilo; apenas la decena de “tentativas” inglesas (pp. 72, 321, etc.) que se olvidan de los “intentos” y sinónimos, y alguna “contemplación” (p. 263); apenas ese obcecado desecho de todo lo que huele a Quevedo, de quien quizá no conozca su confesión autógrafa sobre las “silvas” en el ejemplar de la *Retórica* de Aristóteles; ni el posicionamiento grotesco que supone las *Necedades de Orlando Enamorado*, o rifirrafes de este tipo, que se mezclan entre 1909 y 1927, con el rosario de poemas épico-religiosos... y la culminación de *La Circe* de Lope, oportunamente citada; por no referir el curioso encuentro de Quevedo con los grandes poemas de Góngora en uno de sus viajes desde Nápoles (1614), con Cervantes de por medio. Pero es que el campo es inmenso y las circunstancias hubieron de ser tan ricas y complejas...

Todo ello merece un comentario final, habida cuenta de que tanto esta investigadora como un brillante plantel de críticos gongorinos de todas las latitudes se han unido para volver a publicar y recoger todo aquello, y la tarea ya está dando sus frutos. Se va a recuperar incluso lo que nadie conocía. ¿Se habrá puesto coto a la desmesura? La restitución de la historia no se hace por el mero hecho de reproducirla, sino por ser capaz de interpretarla y para ello hace falta salirse de ese camino y saltar a la teoría, lo único que nos puede salvar para no incurrir en una tarea inútil, que forzosamente nos llevaría lejos de nuestra capacidad de saber, conocer e interpretar: la historia tiene sus límites, los que nos pone nuestra misma condición de entenderla, no de intentar reproducirla.

Es obvio que el libro de Mercedes Blanco va en esa línea y ha sabido construir una teoría documentada, primero, y razonada, después, desde la que se abren numerosos caminos para que se entienda mejor la poesía de Góngora.

PABLO JAURALDE
Universidad Autónoma de Madrid